

**PATRICIA
GUTIÉRREZ**

**T I E R R A
S E C A**

BÄRENHAUS



**PATRICIA
GUTIÉRREZ**

**T I E R R A
S E C A**



BÄRENHAUS

*A Hugo y Horacio.
Mi papá y mi tío.*



*“Yo tengo guardado mi dolor en un lugar seguro.
No dejes que se te apague el corazón”.*

JUAN RULFO, *Pedro Páramo*



Luisa era la única hija que quedaba por casarse y ya pintaba para solterona. La mandaron a ayudar a coserle el vestido de novia a su hermana, Josefina. Había aprendido el oficio desde chica. Qué suerte que sabe coser, decía el Viejo, así al menos va a poder vestir santos. Raro, Luisa les había salido con ojos verdes y brillantes, una piel del color de la Luna y un pelo lacio y negro como el de los indios, pero más dócil. Era de una hermosura particular, no de esas que arrasan a simple vista. Un huesito sobresalido en el puente de la nariz la apartaba de la gracia convencional, era más bien una belleza que se revelaba de a poco. Por eso siempre pensaron que iba a ser la primera en casarse. ¡Cómo no iba a conseguir un novio!

Cuando nació Luisa, su padre rezaba por un varoncito, pero “¡hembra!” gritó la comadrona. El Viejo, entonces, empezó con las promesas y los rituales que había aprendido en su nueva tierra. Se ve que dieron resultado porque, como si Dios hubiera puesto sus deseos en una balanza, les equilibró la familia con dos mujeres y dos varones.

El Viejo estuvo ansioso el día del casamiento de Josefina. Los varones se las arreglaban solos; ya los dos

trabajaban y podían hacerse cargo de sus vidas. Le preocupaba Luisa. ¿Qué va a hacer si yo me muero? Cirila, su esposa, presionaba para que se le encontrara un marido a su hija. Y la madre de Cirila. Y la abuela de Cirila. Qué fortuna la mía haber terminado en una familia longeva, pensaba el Viejo a menudo, tener este yugo de viejas.

El día del casamiento no llovió, ni falta hizo la cruz de sal. El Viejo se rio de su esposa, que esperaba con temor, pero también con ansia secreta, que lloviera. 12 Cirila no quería un aguacero, aunque nada necesitaban más que cayera uno. Ella y el pueblo. En Pinedo llovía, con suerte, dos o tres veces por año. ¿A quién se le ocurre fundar un pueblo en tierra seca?

El casamiento se preparó con tiempo, pero estaba siempre en la víspera. Hubo que esperar a que algún sacerdote de otro pueblo pudiera visitarlos, porque en Pinedo había una iglesia sin padre. Hasta que un viernes llegó un curita y los casó. Josefina tenía trece años; su marido, veintitrés, y era el hombre más rico del pueblo. Tenía tierras de quebracho y vendía madera a Buenos Aires. Su madre había muerto en el parto. Su padre, el Vasco, lo entrenó en el oficio del hacha y los troncos. Y lo bien que hizo, porque se vino a morir en cuanto su hijo se hizo muchacho. El chico tuvo que empezar a ganarse la vida con los pantalones largos recién estrenados.

El Viejo se sintió aliviado cuando el hijo del Vasco pidió la mano de Josefina, aunque le hubiera gustado para Luisa. Cirila había dado el visto bueno: la chica ya podía.

Al casamiento fue casi todo el pueblo, sólo faltaron los enfermos o los ancianos que ya no podían dejar sus

catres. Se apersonaron algunos hombres del obraje recién llegados a Pinedo. Incluso Hilario fue, un personaje más bien ermitaño, que poco salía de su casa y lo único que hacía era tallar en madera. Hubo comida y bebida para todos, y todo fue pagado de buena voluntad por el novio.

Se armó el baile y el Viejo observó a Josefina sentada en un rincón, con gesto de abulia, como si fuera una invitada aburrida y no la novia. De pronto, los ojos del Viejo se desviaron hacia Luisa, parada con su vestido verde contra una pared, como sosteniéndola. Estaba concentrada, y sonrojada. ¿Qué le pasa? El Viejo siguió la dirección de la mirada de su hija y vio a un hombre que había llegado a la fiesta poco antes. Alto, de traje claro y sombrero, cara más bien cuadrada, nariz recta y aires de importancia. Era nuevo en el pueblo, el Viejo no lo conocía, pero sí había notado su entrada en el salón, con pasos seguros, como si fuera un vecino de toda la vida.

El Viejo se mezcló entre la gente que bailaba para acercarse al forastero. Lo escrutó: pinta de hachero no tenía. Observó las manos limpias, con el tanino tampoco trabajaba. Ya iba a averiguar quién era. Volvió a mirar a su hija. Nunca había visto esa expresión en su cara. Ojalá ese hombre sea un buen partido, porque a la Luisa ya se la ve rendida.

¹⁴ El Viejo era un hombre tosco y reservado que había venido solo desde Francia a estas tierras de polvo y escasez.

El barco que lo trajo lo dejó en el Río de la Plata, un río marrón, aunque un marrón diferente al del Sena; sucio, sí, pero esas aguas no arrastraban la nostalgia que arrastraba el río de su ciudad.

En cuanto pisó tierra firme juró no volver a mirar ese río que se confundía con el mar y lo podía llevar de vuelta a su país, de donde se había escapado para no luchar en las trincheras. En el embarcadero se subió al tranvía que lo llevaría a un hotel. Sentado en uno de los vagones, tirado por un caballo a paso resignado, miró la ciudad. Le pareció ver algo de su París abandonada. Acá no me puedo quedar, pensó.

Se alojó en un hotel adonde iban a parar todos los que bajaban de los barcos, una torre de Babel que se levantaba a la vera de la ciudad, como surgida de una maldición bíblica según la cual nadie se habría de entender con nadie. Los equipajes se guardaban en depósitos porque en las habitaciones no había lugar. Él sólo tenía una bolsa con algunas mudas de ropa, y no quiso dejarla.

Lo primero que tenía que hacer, pensó, era aprender a hablar el idioma y olvidarse para siempre del francés. Intentó agruparse con algunos compatriotas que pudieran traducirle, pero el solo hecho de oír su idioma lo irritaba. Entonces prendía un cigarrillo y salía a la puerta a mirar la ciudad.

De esta suerte conoció al Vasco, otro inmigrante que vivía en el norte del país y que algo chapuceaba de francés porque lo había aprendido de su madre. Llegó de aquellos lados trayendo madera para el hotel. Él fue quien le contó al Viejo acerca de su pueblo en el Chaco, que se había fundado tres años antes. “*Gggacias al fegocagui!*”, le dijo con marcada erre francesa, por eso se fundó el pueblo. Ahí ando yo trabajando la madera en un campito que tengo.

El Vasco lo observó tratando de adivinar. ¿Qué sabe hacer usted?, le preguntó y después agitó la cabeza. Bueno, no importa. Se necesita gente para todo oficio. ¿Por qué no se viene? Y así se fue el Viejo, que en ese momento no era viejo, buscando una tierra donde aquerenciarse.

Llegó a Pinedo cuando el pueblo todavía no tenía ese nombre. El Vasco le había ofrecido trabajar con él, pero la Welbers necesitaba gente y pagaba bien, así que se decidió por incorporarse allí. Era una empresa inglesa que talaba los quebrachos y sacaba el tanino de sus tripas.

Seguía esforzándose por hablar español y dejar su idioma en el otro continente. En francés sólo maldecía. Algunos le decían “el franchute” y él lo detestaba, pero nunca se quejó. Tampoco nunca logró pronunciar una erre criolla.

Vivió solo durante seis meses en una de las casitas del barrio que la fábrica había construido para los obreros. Hasta que conoció a Cirila, una santiagueña que se había mudado al pueblo al morir su padre. Se había comprado un rancho apenas apuntalado en Pinedo y se había llevado a su madre y a su abuela, viudas las dos. Y vivían, las tres, de hacer arreglos de costura de los uniformes de la fábrica y del ferrocarril.

A ese rancho se mudó el Viejo, del metejón que se agarró con Cirila que ni tiempo de novios tuvieron. Y todos los días, cuando salía de su trabajo, se ocupaba de construir el rancho, hasta convertirlo en una casa. Las viejas no decían nada porque les pesaba la viudez y era bueno volver a tener un hombre en el hogar.

Cirila quedó sorprendida con la reacción del Viejo cuando nació Luisa. Siempre tan adusto y áspero, pareció desarmarse como una flor diente de león. *Elle est très jolie*, dijo emocionado al ver a la chinita. Fue la primera vez que su mujer lo oyó hablar en otro idioma porque, aunque de pocas palabras, siempre se comunicaba en español. Sí, a sus otros hijos los quiso también y los cuidó con la misma dedicación a todos, pero Luisa era la razón de su alegría.

Al año de nacer su primera hija el Viejo dejó el trabajo en la fábrica. Los de La Forestal, otra fábrica de tanino a casi trescientos kilómetros al sur, en la provincia de Santa Fe, se habían cargado a los obreros que reclamaban por unos pagarés, y aunque en la Welbers no tenían ese problema el Viejo no quiso arriesgarse. Con humildad, volvió adonde el Vasco a pedir trabajo.

Fue un hachero aplicado y al poco tiempo se convirtió en la mano derecha de su patrón en la maderera,

algo muy provechoso para todos, porque cuando el Vasco murió, repentinamente, la maderera siguió andando sobre rieles. La muerte del Vasco lo sorprendió; era su patrón, pero también su amigo. Tantos años juntos, compartiendo el trabajo, tardes de ginebra en el bar y hasta algunas comidas familiares. No se dio el lujo de detenerse en el dolor. Tenía una familia que mantener y al hijo de su amigo que ayudar con su negocio. Se lo debía; en definitiva, fue el Vasco el que lo había llevado a Pinedo a empezar su nueva vida.



18 Luisa y sus hermanos tuvieron una infancia alegre. Los cuatro fueron a la escuela hasta segundo grado, para aprender lo importante: firmar, leer y escribir. Luisa estaba siempre entre los varones, algo que sacaba de las casillas a su madre, pero el Viejo le sonreía cómplice a su hija y la dejaba salir con ellos.

Los chicos hacían gomerías con ramitas y cazaban pajaritos que después les regalaban a los más pobres del pueblo —muchas veces esa era su comida—. Luisa no, no cazaba pajaritos porque le daba pena matarlos. Sus hermanos cazaban víboras por diversión. Con otros chicos de Pinedo hacían apuestas para ver quién juntaba más. Le daban a Luisa la custodia de las apuestas porque era bien brava y nadie iba a tocar nada de ahí.

Las noches de verano, cuando el calor del día había quemado tanto que la piel parecía abrirse, Luisa salía y se sentaba en una silla en medio del patio de la casa, recostando la cabeza hacia atrás, para ver el cielo. El Viejo la veía, se armaba un cigarrillo, acercaba otra silla y se sentaba al lado de su hija. No entiendo cómo las estrellas no se cansan de salir cada noche, una y

otra vez, y brillar como si nada, le decía a su padre. Y él decía que no, que no se cansan, que hace miles y miles y millones de años que hacen lo mismo. No puede ser, dónde aprendió eso. Se sabe, mijita, se sabe. Y Luisa preguntaba si eran siempre las mismas o a las estrellas les nacían estrellitas. Y el Viejo, que no sabía, le decía que eran las mismas. Una noche Luisa lo miró y le dijo: entonces cuando yo me muera ellas van a seguir ahí, saliendo a brillar todas las noches. No, le dijo el Viejo, usted es muy chica para andar pensando en la muerte, además seguro que vivirá hasta para ver el próximo siglo. Y se quedaron en silencio y Luisa volvió a pensar en las estrellas y en que siempre iban a estar ahí.

19

Si el Viejo tenía que viajar por trabajo a Charata o a Villa Ángela se llevaba a Luisa para que lo acompañara. Ni a Cirila ni a las viejas les gustaban esas excursiones, pero nadie se atrevía a contradecirlo. La niña amaba salir de Pinedo. A veces en silencio, a veces no paraba de preguntar de todo a su papá: de dónde viene el algodón, por qué talan árboles, para qué usan el tanino y de dónde vienen los bebés. Luisa, mejor sigamos en silencio. Y Luisa obedecía.

A veces, también, el Viejo se llevaba a Luisa a los quebrachales y ella se sentaba cerca de él, siempre con su cuchillito, y mientras su padre hachaba ella moldeaba alguna ramita. Abría un extremo de la rama y lo convertía en dos piernas, después le daba forma al tronco y con dos cortes formaba los brazos. Las cabezas de estas estatuitas eran peladas y las caras no tenían facciones. Después se las llevaba de regalo a su mamá.

Una mañana en que se olvidó el cuchillito para talar, Luisa se fue a caminar y sin darse cuenta salió

del quebrachal y terminó bordeando los campos de algodón. Era época de cosecha y se quedó ahí parada mirando el obraje: familias enteras, todo el mundo con bolsas colgando de los hombros para guardar el algodón que recogían. Vio entonces a un hombre de sombrero y botas que no juntaba algodón y solo se paseaba entre la gente. El hombre se acercó a un obrero, le habló al oído y el obrero se secó la frente y señaló a una chica. Era una nena de más o menos la edad de Luisa, o por lo menos eso le pareció a ella. El hombre de sombrero la agarró de la mano y se la llevó a un cobertizo que estaba cerca de donde Luisa estaba parada. La curiosidad la capturó. Esperó a que la nena y el hombre entraran, se acercó hasta el cobertizo y se asomó en silencio. Vio a la nena tirada en el piso, con el vestido levantado y la bolsa de algodón todavía pegada al hombro. El hombre subido sobre el cuerpo de ella moviéndose, con las botas puestas y el pantalón bajo. Tanto se movía que se le cayó el sombrero.

Luisa se quedó mirando sin saber qué era lo que veía. De pronto se encontró con los ojos de la nena y creyó que la habían descubierto. Pero se dio cuenta de que esos ojos no la estaban mirando a ella: eran ojos vacíos. Luisa se asustó y corrió de vuelta a los quebrachales. Camino a su casa, le dijo al Viejo que no quería volver a acompañarlo a la tala. Y nunca más volvió.

Al terminar segundo grado, todos tuvieron que trabajar. Las mujeres en la casa, los hombres donde encontraran. Los hermanos de Luisa primero colaboraban ayudando a su papá con la tala, pero cuando se hicieron más grandes empezaron a trabajar en la Welbers. Años más tarde, cuando Josefina se casó, la fábrica estaba cerrando y los hombres habían vuelto a la tala, porque se necesitaba quebracho para durmientes de vías, postes y leña. Al poco tiempo los hermanos se cansaron de talar y se fueron juntos de Pinedo. Se mudaron a Tucumán, en donde vivía Severa, la tía de Cirila, que los acogió en su casa. Trabajaron en un ingenio azucarero.

A Luisa le habría gustado seguir estudiando, como hizo Marta, su mejor amiga, la hija del médico del pueblo, que terminó la escuela primaria y después se fue a vivir a lo de una tía en Resistencia para hacer la secundaria.

Luisa en Pinedo dibujaba y tallaba. Artista había salido. Garabateaba donde podía. Los martes el tren traía las revistas de Buenos Aires. Después de que hubieran pasado por todas las viejas del pueblo ella las agarraba y dibujaba sobre sus hojas. Pero lo que más

le gustaba era tallar. Entonces el Viejo le traía maderitas para que ella les diera forma. La del quebracho era una madera muy dura y Luisa aprendió a encontrar algunas más maleables.

A veces veía ilustraciones en las revistas y pensaba si podría algún día trabajar de dibujante o de escultora. Se lo comentó a su madre. Seguro, usted va a poder. Por supuesto que tendría que dejar este pueblo y vivir en la ciudad, porque acá va a dibujar o a tallar para quién. Pero usted va a estar bien. Nosotros no podemos irnos, nos quedaremos acá, solos, su padre y yo. Y a Luisa le daba culpa tan sólo imaginar una vida lejos de sus padres.



El mundo de Luisa era de mujeres: su madre, una hermana, una abuela, una bisabuela. Todas usaban el pelo corto. Excepto ella, que se negaba a cortárselo. Cirila la perseguía con las tijeras. Es desprolijo, le decía.

Luisa era espiçada y parecía más alta de lo que era. La madre le insistía con vestidos, pero ella usaba pantalones, anchos en las piernas y ceñidos en la cintura. Cuando cumplió quince años el Viejo invitó a toda la familia a festejar en el cine-teatro Parra. Era una aventura mirar una película en Pinedo. A don Goyo, el encargado de proyectar, le gustaba la bebida. A veces se quedaba dormido arriba del proyector y otras tantas paraba la película para salir a mear. Y si pasaba alguien se quedaba conversando, olvidándose de su trabajo y de la gente en las butacas; siempre tenía que salir alguno a gritarle ¡Don Goyo! ¡La película!, y entraba a seguir con la proyección.

Luisa rápidamente olvidó qué película habían visto ese día, pero siempre recordó el afiche pegado en la entrada del cine: una actriz llamada Marlene Dietrich. Luisa se detuvo primero en los pantalones que usaba. Después en sus ojos. Miraba a cámara como

comiéndose al mundo. Ese día Luisa volvió a su casa y se cosió sus primeros pantalones. A la mañana siguiente su abuela la vio y se santiguó, y la madre se rio y le preguntó de qué se había disfrazado.

Cuando vio que pasaban los días y su hija continuaba usando el disfraz, Cirila se empezó a horrorizar. Ella, en cambio, usaba batones durante el día, con un delantal vitalicio ajustado en la cintura, como si no pudiera estar sin él. Se ocupaba de los quehaceres de la casa, y, además del remiendo de uniformes, había empezado a lavar para afuera, para juntar unos pesos extra. Lavaba la ropa con fervor. Se arrodillaba sobre una toalla percutida frente al fuentón y sus manos adquirirían una fuerza descomunal, no sólo al fregar sino especialmente al retorcer. Tenía una habilidad particular para medir la cantidad de agua y no derrochar ese bien que tanto escaseaba en Pinedo. Mucha gente del pueblo le llevaba su ropa. Pero cuando el Viejo estaba al llegar del trabajo, Cirila se lavaba la cara y las axilas, se acomodaba el pelo corto con una horquilla, se ponía un vestido, lo esperaba con un mate en la mano y una pava en la otra y lo seguía como sombra para cebarle.

Había llegado un grupo grande al pueblo la semana anterior al casamiento, para trabajar en los quebrachales, hacheros la mayoría. La fábrica de tanino no estaba en su momento de esplendor; la industria había avanzado y ya no se necesitaba del corazón del quebracho para curtir cueros, además, cada vez había menos quebrachos. Al Viejo le daba tristeza el desmonte. En parte habían sido esos árboles gigantes de más de veinte metros de altura los que lo convencieron de quedarse en ese pueblo escondido del mundo. A veces se paraba entre ellos, como si estuviera en un laberinto del que no quería salir, usaba su mano como visera para cubrirse del sol y miraba para arriba. Parecía que la tierra quería alcanzar el cielo a través de esas ramas. Hijos de puta, se llevaron la madera y no plantaron ni un árbol. Va a llegar el día en que esto sea un desierto, ¿y qué va a ser de nosotros?

Quienes tuvieran suerte trabajarían en el ferrocarril, que era lo más deseado en Pinedo. En cualquier área: cargas, mecánica, maquinista. Ser maquinista era como sacarse la lotería: era el pasaje al mundo, más allá de los quebrachos y las alimañas. Más allá de la tierra seca.

Juan Quintana llegó con aquel grupo de hombres. Se alojó en la casa de los Goñi, que además de ser el único bar del pueblo tenía piezas libres que alquilaban. La presencia de Quintana pasó desapercibida entre tanto otro hombre trabajador, hasta aquel día en que Luisa le echó el ojo en el baile.

El Viejo no perdió tiempo y al otro día de la fiesta se fue a lo de los Goñi como quien no quiere la cosa. El hombre en cuestión resultó ser un contratado del ferrocarril. Jefe de mecánicos. Pinedo era posta, no una estación transitada, y por eso ahí se había levantado el depósito mecánico, donde se arreglaban piezas, maquinaria, motores.

Los Goñi le habían contado al nuevo inquilino sobre la fiesta. Por qué no va, don Quintana, así conoce a todos y tal vez si Dios quiere a alguna muchacha y pueda afinarse nomás. Y así fue como Juan Quintana terminó en la celebración del casorio de Josefina y el hijo del Vasco.

Dos días después, le entregaron la casa en el barrio de ferroviarios: un vagón acondicionado, chico pero cómodo para uno.

Quintana, como el Viejo, también era un hombre reservado. Se le hizo costumbre salir a caminar por las tardes, después de la siesta. Daba vueltas por el pueblo, con las manos cruzadas en la espalda y la mirada alta. A veces caminaba hasta bien metido en el monte, tal vez en busca de tierra húmeda. Quizás extrañaba las aguas de su Santa Fe natal y por eso se quedaba largos minutos frente a la laguna. En Pinedo no llovía, pero había una laguna con una napa que los ingleses supieron aprovechar para trabajar las máquinas del ferrocarril.

Así fue como Quintana empezó a verse con Luisa después de que un día, en una de sus caminatas, se detuviera a conversar un rato con el Viejo. El Viejo lo invitó a pasar, Luisa, cébele unos mates a don Quintana. Llámeme Juan, le dijo, le dio la mano a Luisa y se miraron a los ojos. Cuando se despidió le pidió permiso al Viejo para volver a visitar a su hija.

Al poco tiempo ya pasaba a buscarla todas las tardes y daban la vuelta al perro, la mayoría de las veces en silencio. Quintana no contaba mucho de su vida, y ella ¿qué iba a contarle? De todas maneras, a ella le gustaba ese silencio compartido. Un día Quintana se demoró en su trabajo y ella igual lo esperó. Salieron más tarde y en medio del camino el cielo se cerró enseguida y se largó a llover. Quintana se quitó el saco y envolvió a Luisa con un abrazo. Se resguardaron bajo un techo a esperar que amainara y Luisa entre los brazos de Quintana pensó que no le importaba conocer su historia ni su vida ni nada.

La lluvia cayó con fuerza como para embarrar las calles, pero no lo suficiente como para alimentar árboles y plantas.

No tardaron ni medio año en casarse. La fiesta no fue como la de Josefina. A Juan Quintana le gustaba pasar inadvertido, pero el Viejo insistió y se hizo una reunión. Luisa se cosió un vestido a media pierna, de mangas cortas y con un lazo en la cintura. Josefina le llevó de regalo un ramito de flores amarillas, pero cuando vio a su hermana sacó una de las flores y, con una horquilla, la acomodó en el peinado de la novia.

Esa misma noche Luisa llevó sus pertenencias al vagón.

28 Luisa conoció su nueva casa la noche del casamiento. Mientras noviaron era Quintana el que la visitaba. Se llevó su ropa, sus zapatos, su tul mosquitero —odiaba a los mosquitos más que a las víboras— y una radio que le había regalado su abuela.

Se sorprendió al encontrar en la casa de Quintana, su casa ahora, un tocadiscos y varios discos. No sabía que a Quintana le gustara escuchar música. ¿Qué sabía de él o de su vida en realidad? Canaro, Discépolo, Gardel, D'Arienzo. Tomó uno de los discos y notó que Quintana la estaba observando. Le dio vergüenza y lo dejó. Escuche lo que quiera, Luisa, le dijo. Luego se acercó, buscó un disco de la orquesta de Firpo y lo puso a andar en el tocadiscos. Tomó a su mujer de la mano y la llevó a la cama. Siéntese, Luisa, quiero darle algo. Ella, sorprendida, se olvidó por un momento de los nervios de la noche de bodas. Quintana buscó en su mesa de luz una cajita y se la dio. ¿Qué es esto? Ábralo y vea. Era un anillo, de plata aclaró él, rectangular, con las iniciales "L. Q.". Sacó el anillo de la cajita y se lo puso a Luisa en el dedo anular. Le quedaba un poco grande y ella se lo acomodó en el dedo del medio.

¡Perfecto!, afirmó ella con una sonrisa. Luisa Quintana, le explicó su marido el significado de las iniciales, como si hiciera falta. Entonces se besaron.

Quintana la sostenía por la cintura. No era como los besos de cuando eran novios. Su lengua llegó tan adentro de la boca de Luisa que le dieron arcadas. Perdón, le dijo a su marido, con sonrisa tímida. Quintana le acomodó el pelo, le sonrió y siguió. Mientras se besaban la desvestió. Aunque sintió vergüenza, los besos ya la tenían excitada. Lo abrazó con cuidado, como tanteando, y Quintana la acostó en la cama. Ella quedó tumbada, desnuda, esperando otro beso. Miró a su marido para descubrir la figura de un hombre desnudo. Él se apoyó contra el cuerpo de su mujer, primero la recorrió con su mano mientras la besaba, y después se detuvo en su sexo. A Luisa le gustó eso. Entonces Quintana agarró su miembro y se lo metió con fuerza.

29

Sintió una rotura que la dejó inmóvil bajo el peso del cuerpo de su marido. No se había imaginado que dolía. Quintana se movió arriba de ella, cada vez más agitado, respirándole sobre la cara, por momentos cerca del oído. Se movía como se mueven los animales, como se había movido aquel hombre de botas arriba de la nena en el cobertizo del campo de algodón.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que se sintió mojada entre las piernas y Quintana se apartó de su cuerpo y se tendió a su lado. Se levantó, pudorosa aún, buscó un paño entre sus cosas, se limpió las piernas y se puso la ropa interior y el camisón que su mamá le había regalado para esa noche. Cuando volvió a la cama, Quintana la besó en la frente. Sé que por ahora

es chico el lugar, pero le voy a dejar una linda casa, Luisa, no se preocupe, va a ver.

Ella se tapó con la sábana y se acomodó de costado, mirando a su marido. Y se quedó así, viéndolo cerrar los ojos, atenta a su respiración, que fue cambiando, a medida que se quedaba dormido. Entonces ella se acercó al cuerpo de Quintana, lo tomó de la mano y se durmió.



BÄRENHAUS
EDITORIAL

